
ESCALAS DE LA PRIMERA PANDEMIA LITERAL DE LA HISTORIA EN EL OBSERVATORIO FILOSÓFICO

JOSÉ ANTONIO MARÍN-CASANOVA

En los meses de invierno de 2020 se extendió, desde Wuhan en China a todo el mundo, el virus SARS-CoV-2, causante de la enfermedad Covid-19, desencadenando, gracias a la globalización de los medios de transporte (las ciudades-*hub* han sido las más afectadas) la primera pandemia literal de la historia. Los gobiernos de numerosos estados, con el auxilio imprescindible de las TICs y los macrodatos (*Big data is watching you!*), reaccionaron con medidas extremas, decretando en mayor o menor grado el confinamiento doméstico de la ciudadanía, suspendiendo más o menos restrictivamente las libertades e implementando medidas tecno-políticas más o menos autoritarias. Otros gobiernos renunciaron, por el contrario, a la imposición de medidas limitadoras de la autonomía individual. La renuncia a este ejemplo canónico de control biopolítico fue desaprobada por sectores de la población y la opinión pública global como una desprotección y una falta de responsabilidad gubernamental.

Este primer confinamiento planetario de la historia o *domesticación universal* de la humanidad (se ha literalizado la metáfora de los “cosmopolitas domésticos”) ha causado una crisis económico-social que puede miniaturizar la Gran Depresión consecuente al crac del 29. Y ello dejando aparte influyentes voces reclamando la inscripción de esta patología universal en una constelación aún mayor, como otro efecto de la “gran aceleración” del Antropoceno, “actual” periodo geológico, de intrínseca mediación tecnológica, caracterizado por tan ingente degradación de la biosfera que nos lleva no sólo a un colapso exponencialmente probable de la civilización, sino de la especie humana.

El *Homo sapiens* está vivenciando un *acontecimiento* histórico de insólita singularidad, un gran desafío experiencial, en el que se está sometiendo a *experimentum crucis* a todo su sistema ecosocial. Es la puesta a prueba de la *normalidad* de la especie: todas nuestras esferas políticas, económicas, sociales y culturales se ven retadas por la enfermedad; la pandemia subitáneamente ha puesto en crisis todas las *escalas* de nuestra vida. La excep-

cionalidad del momento, la condición de acontecimiento único de la alerta sanitaria global, aconseja el ejercicio prudente de la calma filosófica frente al mayor *test de resistencia* jamás soportado por la especie, puesto que la crisis ha sido siempre el “hábitat” de la filosofía. El tiempo recio solicita el pensamiento pausado y tranquilo para tanto repensar morosamente categorías y certezas heredadas, como forjar nociones y abrir veredas que nos ayuden, al lado de las *necesarias explicaciones* científicas, a *comprender libremente* lo que está ocurriendo y a encarar con claridad el porvenir del *ludus vitalis*. Se trata, dentro de la *koiné* hermenéutica característica de la reflexión filosófica hodierna, de *interpretar la nueva normalidad* (el neologismo *mainstream* mundial), de dotarnos de las herramientas intelectuales que nos permitan el tránsito de juzgar como pleonasma la “antigua normalidad” a no considerar ya como oxímoron (si acaso como eufemismo) la “nueva normalidad”.

Hay bastantes intelectuales que, desde perspectivas propias, han empezado a ensayar el análisis de la *novedad* del acontecimiento. Se prodigan coloquios y debates filosóficos en línea sobre la pandemia. Al hecho inaudito de la plaga mundial le está correspondiendo una *conciencia* del hecho también mundial. Es esta la oportunidad de la puesta en común en las redes de inquietudes y sospechas, de dudas y perplejidades, así como de ideas y creencias. La enfermedad global (y también la infoxicación global incluidos filosofemas demasiado estereotipados) hace que precisemos de nuevos instrumentos de reflexión, de un *laboratorio de pensamiento*, más como actividad noética que en el sentido pasivo noemático, para así resignificar nuestras relaciones con la biosfera, con la antroposfera, con la tecnosfera, con la infosfera e incluso con nuestro propio cuerpo y lo que nos quede de alma, con la vida. La nueva normalidad obliga al abandono definitivo del paradigma natural (ila “naturaleza” no nos va!). Si la normalidad puede ser nueva, es que no es natural, sino *cultural*. La normalidad “tiene” tiempo, es histórica y técnica, puesta en el tiempo, *hecha*. Es el tiempo de la nueva normalidad, de hacer *normalidad*.

Se abre aquí en toda su amplitud y en máxima tensión el arco de la racionalidad práctica. En efecto, en lo que respecta al *Homo sapiens*, “normal” ya no podrá ser, en primera acepción del DRAE, aquello “que se halla en su estado natural”, sino, antes al contrario, en segunda acepción, lo que “se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano”. En eso de “fijar normas” resuena, en claves de razón práctica, la construcción social, vía lenguaje y vía ley, vía *logos*, de la normalidad. El socioconstructivismo sustenta que todo conocimiento es construido a través de la interacción del individuo con la sociedad y su circunstancia ambiental y, por consiguiente, la “normalidad” vendría a plasmar otra idea construida en el marco de esta interacción. Luego no se podrá hablar de “normalidad” *tout court*, sino de lo que es “normal” dentro de un contexto social concreto. Se puede

decir, entonces, que la normalidad es un ingenio social que engloba los comportamientos, ideas y características que se adaptan a la vida en sociedad. La regla no la daría ninguna supuesta naturaleza de las cosas, sino la sociedad. No hay límite natural de la *praxis*, lo que hay es una suerte de autorregulación social.

No es cosa de sostener el constructivismo doctrinariamente, pero lo que, sin embargo, sí se pone de relieve es que *hablar* de “nueva normalidad” supone de fondo una posición más o menos concomitante con la ingeniería constructivista, toda vez que queda desechada la hipótesis de la naturaleza como paradigma u horizonte insuperable de toda acción. Y si el orden natural o creatural de las cosas humanas ya no es evidencia universal, si no “hay” tal orden, entonces se trata de *ponerlo*. La “verdad” que hay que buscar ya no es la verdad contemplativa, descriptora del orden de las cosas, sino una verdad *operativa*, ponente del orden “normal” de las cosas. Se abre así el campo para la *voluntad*, una voluntad de poder, valga la redundancia nietzscheana, el enorme predio de lo ético-político, de los valores. Es decir, el espacio de categorización axiológica que recorta lo real en hechos, hechos que no son dados, sino precisamente *hechos*. Y la herramienta que plasma la *normalidad* es el *discurso*.

Que el orden sea puesto discursivamente hipertrofia la necesidad de un observatorio atento a las distintas *praxis* lingüísticas con que se pretenda configurar la nueva normalidad. Si tenemos la voluntad política de fomentar sociedades inclusivas, innovadoras, reflexivas, las más preparadas para autorregularse, se hace menester que el trabajo filosófico sea como un laboratorio de la nueva normalidad, que no se limite a describir teóricamente, sino que sea *operativo*, un *think tank*, para poner la racionalidad práctica al servicio de la promoción reflexiva de los valores práticos de la inclusión y la innovación social.

Así podremos afrontar, entre otras, las siguientes *consecuencias filosóficas observables de la pandemia*, donde lo primero en destacar es que la regla confirma la excepción:

El “mundo invisible” del coronavirus hace obvia una “realidad” ontológicamente independiente del animal humano, impotente en su contingencia o vulnerabilidad constitutiva. Ahora bien, al asumir la total *naturalidad* del surgimiento del coronavirus, la *mediación tecnológica* en la materialización de su nocividad potencial es insoslayable. Sin la sociedad de masas y sin la globalización planetaria, efecto del sistema técnico, que presta alas supersónicas al transporte de objetos y sujetos, la Covid-19 no habría podido convertirse en flagelo pandémico.

La crisis sanitaria evidencia que los problemas epistemológicos son también políticos. Resolverlos supone acción política. La pandemia es una “invención” (Agamben) no por no darse realmente, sino porque su definición, como la de “realidad” en último término, es política, que confirma

el hecho de que ciencia y política forman un entreverado inextricable. El SARS-CoV-2 maximiza la funcionalidad del saber al poder.

El fenómeno de literalización de la metafórica bélica, inmunológica o escatológica para narrar la pestilencia, indica que la retórica configura tropológicamente la nueva normalidad de la opinión pública al servicio de la tecno-política. En España el jefe del estado mayor de la Defensa, Villaroya, tecno-ordenó ante las cámaras que, frente al coronavirus, “todos somos soldados”. Es el virus concebido como una tecnopersona a la que habría que pasar por las tecno-armas (Echeverría).

Con la peste los valores grupales de la sanidad y la seguridad devalúan las libertades individuales en la escala axiológica: el brillo público-comunitario ensombrece lo íntimo-privado. El otro o queda abolido (Agamben) o es construido ideológicamente como patológico (Horvat). Mientras políticos juegan a médicos, y médicos a políticos, se hipertrofia la politización de una medicina investida de control social (Esposito). La bio-política se establece, *qua* “tanatopolítica”, como estado de excepción permanente (Agamben). Los conflictos socio-políticamente se centran cada vez más en la relación entre política y vida: el despliegue de la tecno-psico-bio-política es total(itario) en la nueva normalidad.

La digitalización de la vida en esa nueva normalidad produce antropológicamente “cuerpos rotos” (Puig Punyet): el cuerpo aparece insólitamente como potencial agente patógeno. Los tecno-cuerpos desplazan la carne. El “nuevo” humano “normal” vive *onlife*, se interrelaciona antes a través de pantallas que del cuerpo. Su potencial enfermedad convierte el cuerpo *offlife* en un casi estorbo para la vida.

Más dilatada que la pandemia, la nueva normalidad afronta una *tecnopandemia* de incidencia creciente. A la pandemia se le solapa una *infodemia* (OMS, OPS), cuyos daños mentales superarán los orgánicos. Se ha generado un *tecnovirus informacional* a partir del coronavirus (Echeverría y Sánchez Almendros). La amalgama de datos sobre una entidad biológica genera una tecnopersona viral con millones de impactos, una compleja *cepa informacional y tecnológica*: “tecno-COVID-19”. Conforman *tecnovirus informacionales* que se transmiten a través de los *mass* y los *social media*, infectando los cerebros humanos y provocando nuevos modos de pensar, actuar y vivir.

En la nueva normalidad el tiempo ya no es vivenciado como natural (cíclico o cosmo-lógico) ni como histórico (lineal o antropto-teo-lógico), pues ya no es normal que la nueva vida, digital o numérica, presente perfil cualitativo. Se observa un tiempo meramente cuantitativo como flujo “insignificante” de *quanta* instantáneos, sin horizonte que los integre en una trama histórica de sentido. La nueva normalidad *onlife* no parece tener Historia: la memoria “normal” hoy es externa y el individuo exponencialmente carece de capacidad de concentración. En el imaginario de la autocomprensión humana la (nueva) Tecnología ha absorbido a la Historia,

la cual en su tiempo “normal” había absorbido, a su vez, en el proyecto intencional de la humanidad, la “antigua normalidad” de la Naturaleza. Esto puede hacer pensar que la nueva normalidad es *antropocénica*.